

# El robo y la decisión

Mario Carvajal de la Fuente



## Capítulo 1

Eran las dos de la mañana en un hogar común, en un vecindario común de clase media. Las farolas alumbraban la calle y los grillos cantaban, unos cuantos gatos caminaban por los tejados y a lo lejos un perro inquieto ladraba, pero nada que pudiera despertar a la familia Sánchez. La familia, compuesta por la pareja, una niña, un niño y obviamente, un perro; descansaban en sus camas después de un día laborioso de entre semana. La niña tuvo calentura y fue duro estar al pendiente. No escucharon cuando dos hombres se colaron por el patio trasero y cayeron al piso, pero el perro si y ladró. Lo que despertó a Laura no fueron los ladridos, si no el chillar del perro. Un sonido poco común a mitad de la noche. Se sentó sobre la cama con los ojos cerrados, tratando de escuchar más allá. Y lo hizo, o al menos, pensó escuchar unos murmullos y algo que se arrastraba detrás de la casa. El corazón le palpita a mil y zarandeo a su esposo.

-Creo que hay alguien en la casa.

Rubén gruñó y le dio la espalda. La mujer insistió zarandeándolo con más fuerza.

-Rubén, coño. Te estoy diciendo que hay alguien dentro. Y el perro chilló.

La voz de Rubén sonaba abultada, pero dijo:

-Me lleva. Está bien, voy a ver.

El hombre se sentó en el filo de la cama y se calzó sus chanclas, estiró el brazo al switch de la corriente pero una mano lo detuvo.

-No-dijo Laura-. No prendas la lámpara. Vamos los dos, tengo un mal presentimiento.

Rubén, por órdenes de su esposa, tomó una raqueta de tenis y abrió el cuarto lo más silencioso que pudo. Los nervios de Laura se le contagiaron y su pulso aceleró cuando escuchó un chirrido de la ventana de la cocina. Mierda, pensó, esa ventana siempre está abierta. Laura cogió unas tijeras alargadas con las puntas apuntando abajo.

-Los niños-dijo Rubén, susurrando-. Escuché la ventana. Hay que llamar a la policía.

La pareja se acercó a la escalera y escucharon claramente pasos, murmullos y el sonido de cajones abriendo y cerrando.

-Ve al cuarto-le dijo Rubén en el oído, lo más bajo que pudo-. Enciértrate en el baño y llama a la policía.

Antes que Laura pudiera pensar siquiera, vieron las sombras de los ladrones emergiendo de las escaleras y tras la sombra, dos hombres viéndolos directo a los ojos desde la mitad de la escalera. Lo que les faltaba recorrer a los ladrones eran ocho escalones, que saltando se cruzaban en un segundo. Uno de los ladrones sacó un objeto de su pantalón y estiraba el brazo en dirección a la pareja. Rubén-quien no sabría decir después como es que tuvo el coraje para hacerlo-, al ver la mano con el objeto alzarse, se abalanzó y le dio un raquetazo al brazo del ladrón. El hombre gimió, su compañero avanzó corriendo, cogió el arma y apuntó a Rubén antes que pudiera hacer algo.

-No te muevas, cabrón-dijo el ladrón-. Que te mato, hijo de tu puta madre. Te mato. Tira esa cosa, anda.

Rubén abrió la mano y la raqueta cayó al piso. El otro tipo, se incorporó y le dio unas palmadas en el cachete a Rubén.

-Ya valiste verga, campeón-le echo un ojo a la esposa-. Y ya sacamos premio, vas a ver cómo nos cogemos a tu vieja. Hazte a la verga para atrás-se dirigió a su compañero-. Hey, pásame el cuchillo, voy a matar ya al cabrón este mejor. Por desgraciado.

El tipo tomó el cuchillo, con su mano libre apretó el cuello de Rubén y antes que pudiera apuñalarlo Laura dio un paso gritando y le enterró las tijeras al ladrón al costado del abdomen, las sacó y el tipo se desplomo. No respiro, decía, no respiro. Durante el alboroto, el segundo hombre disparo pero la bala no dio a nadie. Rubén aprovecho y se tiró encima de él, ambos rodaron por las escaleras y cuando llegaron al piso comenzaron a forcejear por el control del arma.

-Te voy a matar, maldito-decía el ladrón-. Te voy a matar, perro.

La saliva le salpicaba en la cara a Rubén, permanecieron luchando por la pistola. El tipo le daba golpes y patadas pero Rubén se mantuvo firme agarrando el arma con ambas manos, tratando que el cañón no apuntara más que al suelo. En una movida, Rubén pudo darle un rodillazo a los testículos del ladrón, este se dobló por inercia y el hombre pudo arrebatarse el arma. Enseguida le propino unos cachazos en la nuca hasta dejarlo inconsciente.

La pareja amarró y amordazó a los ladrones con cinta industrial y unas cuerdas donde se pone la ropa a secar. Los niños obviamente habían despertado, pero Laura los tranquilizo, les dijo que todo marchaba bien y

que permanecieran encerrados en el cuarto hasta próximo aviso.

-¿Qué hacemos con ellos, Rubén?

-Hay que llamar a la policía, ¿Qué más?

Fue a coger el teléfono pero antes de que terminara de marcar Laura lo detuvo.

-Espérate, si llamamos a la policía pueden arrestarnos porque nos defendimos, ¿o no?

-No lo sé, Laura. Pero no podemos tener a esos tipos en la casa, en cualquier momento despiertan y nos matan.

-La policía es una porquería-dijo Laura, sostenía un martillo por si acaso-. ¿Cuántas veces no hemos escuchado que gente se defiende y les hacen menos que nosotros a asaltantes y terminan detenidos? ¿Y cuantas veces hemos visto que detienen a ladrones y asesinos y los dejan ir como si nada?

-Entonces, ¿Qué sugieres?-dijo Rubén-. ¿Qué los liberemos? Estos tipos van a regresar con más gente a vengarse en cualquier momento, si quedan libres peligramos. Tendríamos que irnos de la ciudad. No podemos hacer eso de un momento a otro.

-Pero tampoco podemos entregarlos.

Laura se llevó las manos a la cara, Rubén le quitó el martillo de las manos y le dio un abrazo fugaz. No perdía ni por un segundo de vista a los ladrones.

-¿Debemos matarlos?-dijo Laura.

Su esposo no dijo nada, solo se limitó a verlos. Pero Laura respondió por el:

-Pero, ¿los niños? ¿Qué van a decir?

Uno de los ladrones despertó, o estaba despierto pero permaneció en silencio escuchando. Forcejeo un poco, no se desato pero si se quitó la mordaza.

-Por favor-dijo el ladrón-. Déjennos ir. No nos volverán a ver nunca más. Lamentamos todo esto, no queríamos dañarlos. Solo buscábamos que comer. Anda, por favor, tengo hijos, mi mama me espera.

-Nos disparaste, maldito-dijo Laura-. ¿De comer? ¿No decían que se iban a divertir conmigo? que hijos de puta-miró a su esposo a los ojos-. Creo que si debemos matarlos.

-Si-dijo Rubén-. No nos queda de otra, son ellos o nosotros. Por favor, Laura, yo lo hare. Tráeme un cuchillo de cocina largo y todas las bolsas de basura que encuentres. Vamos a enterrar los cuerpos en el jardín de atrás.

Laura fue a la cocina. El ladrón comenzó a gritar y a suplicar por su vida, lloraba e imploraba, Rubén no había visto nada como aquello. Como un hombre se puede aferrar tanto a la vida, como puede decir lo que sea con tal de librarse. Pero todo lo que decía era mentira o quizá no. Pero creer que el hombre mentía le hacia la tarea más fácil. Laura le pasó las cosas, Rubén le dijo que comenzará a cavar dos hoyos hondos en la tierra. Que en cuanto terminara la ayudaría. Rubén volvió a amordazar al hombre, tarea que no fue fácil, ambos ladrones, que llegaron feroces y decididos, ahora eran dos hombrecillos patéticos llorando y berreando por su vida. Pero las cosas no eran así. Rubén los miro a los ojos en todo momento, lo hizo mientras ponía la punta del cuchillo al costado de su cuello y con el martillo le pegaba al mango y toda la hoja del filo se clavaba dentro de sus cuerpos. Había colocado bolsas de plástico debajo de ellos para no manchar tanto y esperó a que se desangraran. Luego, con ayuda de más cuchillos y otros utensilios, los fue despedazando y metiendo los trozos a bolsas negras de plástico. La tarea fue mucho más sencilla de lo que imagino. Cuando llego al patio arrastrando dos bolsas cubierto de sangre y dejando un rastro detrás, Laura casi terminaba los hoyos. Se la pasaron toda la noche enterrándolos y limpiando la casa, la limpiaron hasta el cansancio. Cuando salió el sol ellos seguían trapeando y tallando el piso y paredes. Laura se fijó y dijo que era suficiente, ambos se ducharon, comprobaron que todas las puertas y ventanas estuvieran cerradas y luego bajaron a prepararse el desayuno por que debían hacer algo para evitar pensar y concientizarse que dos hombres están descuartizados y enterrados en su jardín. El timbre de la casa sonó, Laura y Rubén abrieron la puerta para recibir a la hermana de Laura y su familia y ambos hicieron la mejor imitación de sonrisa cuando les preguntaron:

-¿Qué tal pasaron la noche?